

## EL PAPEL DE LA MUJER EN LA LITURGIA EN LA PASTORAL RURAL

Emilio VICENTE DE PAZ

### 1. CATORCE PARROQUIAS RURALES

Hace diez años que Mons. Carlos López, obispo de Salamanca, me encomendó once parroquias en una comarca ganadera llamada la Ramajería, en el noroeste de la diócesis salmantina, con un paisaje precioso pero muy deprimida económicamente y en declive demográfico por la emigración y la baja natalidad y, por lo tanto, con una población muy envejecida. Hace cinco años el número de parroquias encomendadas se amplió hasta las catorce. La más grande, Ledesma, tiene cerca de dos mil habitantes. Cada uno de los otros trece pueblos, mucho más pequeños, tiene una población de entre dos y doscientos habitantes, y en siete de ellos no pasa de doce.

Está comprobado que en las poblaciones pequeñas y relativamente aisladas las tradiciones religiosas se conservan mejor que en los núcleos urbanos. Estos, por el contrario, suelen tener mayor capacidad de adaptación. Aunque son muchas las tradiciones que ya se han perdido en mis parroquias en los últimos decenios, otras se han mantenido como testimonios de la época de cristiandad, cuando el tiempo y la vida social eran regidos por el ritmo del año litúrgico y por aquellas costumbres y prácticas de piedad que la gente de estos lugares suele recordar con nostalgia. Por otra parte, al ser pueblos pequeños, está claro que no pueden contar con la estructura parroquial completa, y la actividad se concentra en lo esencial: la celebración de la Eucaristía como fuente de vida

cristiana en los domingos y fiestas, los sacramentos, las exequias, las bendiciones de campos, algunas cofradías, la catequesis, la atención a los enfermos y poco más.

## 2. LA TRANSICIÓN LITÚRGICA

Hasta los años sesenta del siglo xx, la vida en estas poblaciones había estado marcada por el régimen de cristiandad. Desde entonces hasta los ochenta, aproximadamente, además de los enormes cambios políticos, sociales y culturales que afectaron a la manera de vivir la fe cristiana en España, se produjo el gran cambio en la forma de celebrar, que los mayores recuerdan muy bien. Se pasó de una situación en la que el sacerdote, ayudado por los monaguillos, lo hacía prácticamente todo en la celebración, incluso leer las lecturas, a otra situación en la que era posible y conveniente involucrar a otras personas, para lo que se hacía necesaria mucha voluntad por su parte y cierta preparación litúrgica.

Desde el principio de mi ministerio, vi los frutos del trabajo paciente de mis predecesores, los párrocos que habían elegido y preparado durante años a determinados laicos como colaboradores en las distintas funciones de la liturgia reformada. La mayor parte de esas tareas las asumieron mujeres, dispuestas a dedicar una parte considerable de su tiempo a colaborar para que la Iglesia realizara eficazmente su misión pastoral y evangelizadora. Algunas de ellas me han explicado cómo llegaron a asumir tales funciones y cómo las viven. Así es como he podido redactar estas páginas.

## 3. LOS MINISTERIOS LITÚRGICOS EN LAS PARROQUIAS RURALES

La importancia de los ministerios litúrgicos realizados por laicos se debe no solo a su valor práctico, sino también a que con su variedad y con su ejercicio combinado de manera armoniosa se manifiesta la Iglesia, cuerpo de Cristo, formada por diversos miembros. En la zona rural en la que trabajo, la escasez de fieles no impide que se muestre el carácter orgánico de las comunidades, aunque sea de forma sencilla. Los ministerios litúrgicos más frecuentes son los de lector, cantor, monaguillo y también, aunque no participa

directamente durante las celebraciones, el de sacristán. Ocasionalmente se necesita el ministro de la comunión. Como ya he dicho, aunque algunos ministerios los realizan hombres, la mayoría son mujeres. Vamos a ver ahora algunos aspectos sobre estos ministerios litúrgicos realizados por mujeres en estas parroquias: cómo empezaron, cómo los llevan a cabo en la actualidad, etc.

#### 4. EL CUIDADO DE LA SACRISTÍA

En las parroquias siempre hay al cargo de la sacristía una o varias personas –en promedio resultan ser el doble de mujeres que de hombres– que preparan todo lo necesario para las celebraciones. Pero no siempre ha sido así: en el pasado, cuando la mayoría de los pueblos contaba con un sacerdote residente, generalmente era él mismo quien se encargaba. Además, el lavado de los purificadores y manteles y otras tareas relacionadas con la sacristía las solían realizar las hermanas o madres de los sacerdotes, que vivían con ellos. A partir de los años sesenta, con el éxodo rural y la escasez vocacional, en los pueblos donde deja de haber sacerdote, a algunas mujeres de la parroquia se les van encomendando aquellas tareas, además de otras como el rezo del rosario y dar las señales de campana para la oración a lo largo de la jornada.

En la actualidad, la función de la sacristana es muy importante para la buena marcha de los actos de culto en las parroquias, incluso para poder mantener los apretados horarios del cura rural, que debe recorrer muchos kilómetros de pueblo en pueblo los domingos por la mañana y los sábados en las cortas tardes de invierno. La sacristana sabe preparar los ornamentos y todos los objetos necesarios para la celebración antes de que llegue el sacerdote. Suele aprender lo que tiene que hacer cada vez consultando el calendario litúrgico-pastoral o lo sabe ya por su propia experiencia. Y el sacerdote puede estar tranquilo también cuando termina la celebración y se marcha, porque la sacristana recogerá todo.

Otras tareas surgen a lo largo del año, de las que se encargan normalmente las sacristanas, como la preparación de la corona de Adviento y del belén, o todo lo necesario para el Triduo Pascual en los pocos pueblos que se lo pueden permitir. En estas tareas

muchas veces reciben ayuda de otras personas. También se da el caso, en uno de los pueblos, de cambiar de lugar de celebración, a causa del frío que hace en la iglesia, a un local con calefacción, al comienzo del invierno, y viceversa, al acercarse el verano. Y es Piedad, la sacristana, quien se encarga de trasladar todo lo necesario, incluso de escoger la mejor fecha. Esta es una de las cualidades de estas mujeres: su iniciativa. No se esperan a que el párroco le diga todo lo que tiene que hacer, sino que actúan con libertad y responsabilidad.

## 5. LAS LECTORAS

En otro de los pueblos, la lectora Tomasa recuerda cómo debutó en este ministerio tras la reforma litúrgica, cuando aún no se disponía de los leccionarios definitivos: mientras el sacerdote leía para sí las lecturas en latín, dos fieles leían en castellano para la asamblea: uno la epístola y después otro el evangelio. Cuando se produce, por fin, la transición del latín al castellano y se permite y aconseja que sean fieles laicos preparados los que asuman la función de leer las lecturas no evangélicas, son las mujeres las que lo hacen en primer lugar. De ahí que actualmente, en mis parroquias, ejerciendo el ministerio de lector predominen las mujeres sobre los hombres, en una proporción de cinco a uno.

Muchas de las actuales lectoras comenzaron ya en los primeros años de la aplicación de la reforma, 1969 y siguientes, animadas por los párrocos, siendo ellas muy jóvenes y sin más preparación que la recibida en la escuela cuando aprendieron a leer. Entonces la enseñanza obligatoria terminaba a los 14 años. Algunas de estas mujeres ya tenían experiencia anterior a la reforma, porque dirigían el rosario que se rezaba durante la misa. En algún caso recuerdan que nadie les enseñó la técnica de la proclamación litúrgica de las lecturas, ni les dio indicaciones rituales de ningún tipo, pero luego han ido aprendiendo de la observación.

## 6. LAS CANTORAS Y EL CORO

Antiguamente, el pueblo cantaba, como es lógico, solo en las misas «cantadas», las dominicales y festivas, y únicamente el ordinario

de la misa. Existían coros de hombres y coros de mujeres, pero con el tiempo solo han sobrevivido algunos de estos últimos, integrándose en ellos, excepcionalmente, algunos hombres.

En nuestro caso, al tratarse de un gran número de pueblos separados por largas distancias, no es fácil tener una preparación o ensayo previo de los cantos del domingo con el sacerdote. Así que, la mayor parte de las veces, las mujeres que sostienen el canto de las Eucaristías se reúnen por su cuenta cada semana, con una constancia admirable, para elegir lo que van a cantar, atendiendo al tiempo litúrgico y a las lecturas del domingo. Incluso dedican tiempo a ver la misa por televisión o a escucharla en la radio para tener una orientación al elegir los cantos.

## 7. DIFERENCIAS ENTRE HOMBRES Y MUJERES

Cuando empezó a aplicarse la reforma, entre las personas que se ofrecían a ejercer ministerios litúrgicos o aceptaban la invitación, los hombres eran una minoría. Solo el dar las señales de campana para la misa se reservaba como cosa normal a algún hombre, pero no en todas partes. También en algunos lugares –más bien pocos– los hombres cantaban la misa. La escasez de hombres en los distintos ministerios litúrgicos obedece a diversas razones que no podemos analizar. Solo constatamos algunos hechos:

Tradicionalmente, las mujeres han ocupado la parte de adelante de la iglesia y los hombres la parte de atrás. Esta mayor distancia puede haber influido en la no asunción de algunas funciones.

Los niños solían hacer de monaguillos, sea por obligación o por costumbre, pero con el paso de los años dejaban su función, y no tenían relevo. En cambio, las niñas en su momento asumieron rápidamente la función de leer las lecturas, tarea en la que es más fácil perseverar en la juventud y edad adulta.

La mayoría de los hombres se han dedicado a tareas del campo que les ocupan a veces toda la jornada y les impiden asistir a charlas de formación y a veces ni siquiera a la Eucaristía. Las circunstancias actuales hacen aún más difícil su participación.

Ildefonso, sacristán y lector, reconoce que a los hombres del campo les cuesta más aparecer en público que a las mujeres. Ellas suelen ser

más decididas y atrevidas que los hombres. Son más bien hombres venidos de la ciudad en tiempo de vacaciones los que se ofrecen para leer o incluso actuar de acólito.

Es indiscutible la especial sensibilidad de las mujeres para apreciar la belleza de los ornamentos, los vasos sagrados y el ambiente celebrativo (flores, manteles...) y para fijarse en los detalles. Por eso ellas están muy pendientes de la pulcritud y decoro de la celebración, y se ofrecen para lavar, coser, planchar o limpiar lo que se necesite.

## 8. LA MOTIVACIÓN

¿Qué es lo que ha movido y mueve a determinadas mujeres a encargarse de algún ministerio litúrgico en la iglesia de su pueblo? Ellas han dado varias respuestas. En primer lugar, por *espíritu de servicio*, como realización en su propia parroquia del deseo de servir a la Iglesia. Además, estas mujeres suelen tener gran interés por recibir formación litúrgica y por transmitir a otras lo aprendido.

En segundo lugar, el *compromiso*. Continúan la tarea que aprendieron hace muchos años, a veces en la infancia, y que se han comprometido a cumplir de manera estable. Por ejemplo, Mariángeles empezó con 12 años a leer las lecturas hace 40 años, cuando el párroco se lo pidió, porque hasta entonces ningún laico lo había hecho. Hoy ella sigue colaborando como lectora y en otras funciones, con gran disponibilidad, y sin ningún afán de protagonismo.

Finalmente, lo consideran como una verdadera *vocación* y un don que han recibido. Adoración se lo atribuye a la Virgen del Rosario, de su pueblo. Le gusta vestir su imagen para la fiesta o la novena y entrar a menudo en la iglesia para hacer oración. Ella reza el rosario diariamente, escucha Radio María y ve la misa en la televisión o por Internet. Aunque, como madre de familia numerosa, siempre tiene muchas cosas que hacer en su casa, nunca le ha faltado tiempo para dedicarlo a la Iglesia.

## 9. CONCLUSIÓN

Muchas mujeres de las parroquias rurales, con una entrega admirable, mantienen viva la llama de la fe que recibieron y que se celebra,

en gran parte gracias a ellas, en un territorio que ve cómo poco a poco se apaga la presencia no solo del evangelio, sino también de la sociedad misma. Su ministerio al servicio de la celebración lo consideran un deber para con Dios y con la Iglesia, inculcado desde la niñez. Un ministerio que, tanto los demás fieles como los párrocos, debemos considerar una gracia de Dios.

Emilio VICENTE DE PAZ

*Licenciado en liturgia.*